

OPINIÓN
Carlos Cerda

Carlos Cerda

Conoci a Carlos Cerda ahí por 1986, época de protestas, de los primeros atisbos de que el gobierno militar llegaba a su fin. Él comenzaba su romance con Mariana, la que sería su mujer. Acababa de publicar un libro de relatos del cual dos cuentos me llamaron especialmente la atención: *Fierro-badurinos* y *Balcones con banderas*.

Yo venía de publicar también mi primer libro, también cuentos, en un país donde la práctica de la literatura era una fantasía, una ilusión recóndita pero al mismo tiempo un deber ineludible con el propio destino. Flogé los cuentos de Carlos sin reservas. Ambos me parecen la mejor literatura que se ha escrito sobre el exilio, el primero, y los días que siguieron al golpe, el segundo.

Nos juntábamos en el café del Dógrado a beber unas copas hasta altas horas de la noche. Él aún vivía solo, yo también. En ese panorama sombrío de mediados de los ochenta, se podría pensar que se trataba de melancólicos diálogos de solitarios. No era así. Porque Carlos podía ser cualquier cosa menos melancólico.

Más que de política, hablabamos de literatura, de nuestros flamantes libros (Carlos había publicado antes otras obras en Alemania) en los que poníamos unas muy mitigadas esperanzas. Sus anécdotas en la República Democrática Alemana (RDA) eran divertidísimas o, al menos, él las narraba así, con una sonrisa trágico-irónica donde prevalecía siempre este último rasgo.

No había en Carlos ni nostalgias ni paisajes perdidos ni paralizantes frustraciones. El pasado era sólo eso, una suma de episodios donde se confundían los momentos de éxtasis, políticos, sentimentales, con otras pequeñas derrotas, algunas burlillaciones que no dejaron huella alguna en su espíritu, como no sea en la transfiguración literaria que hizo de ellos en *Mari en Berlín*, la mejor novela escrita hasta ahora acerca del tema del exilio y un documento invaluable para comprender nuestro pasado reciente.

No le salió barata. Ponía en cuestión de manera cruda la visión idealizada de los socialismos reales, las absurdas y arbitrarias ortodoxas del comunismo,

partido al que perteneció desde muy joven y que ya para su regreso a Chile había abandonado. Fue criticado en su línea por algunos de sus antiguos camaradas, pero nadie podía ni pudo demostrarle que había manipulado la realidad. El libro no era más que el registro de su experiencia, sin intencionalidades ni cálculos ni rencores.

Carlos no conocía el rencor; creo que por constitución psicológica estaba inhabilitado para experimentar. Si tenía enemigos, él no se enteraba. Lo

que sí tenía era muchos amigos. Su inquebrantable consecuencia en cuestiones políticas, el valor supremo que le otorgaba a la amistad, su calidad literaria, lo hacían casi invulnerable a las patéticas refriegas tan habituales en el mundo de las letras.

Recuerdo que en una ocasión le llevé el manuscrito de una novela mía para que me diera su opinión. La casualidad quiso que al día siguiente pasara en auto muy cerca de su casa y en una calle arbolada, caminando muy lentamente, vi una figura reconocible, que iba leyendo un manójo de hojas mientras caminaba. Era Carlos Cerda. Me detuve a observarlo. A cada tanto, él detenía también su andar, miraba hacia lo alto como reflexionando, y luego continuaba su placida caminata. Cuando me acerqué a él, comprobé que era mi manuscrito lo que iba leyendo. De pocos escritores se podría decir algo semejante en cuanto a la generosidad desinteresada con sus pares. De más está decir que su crítica fue de las más agudas e inteligentes que he recibido.

Para entonces ya se había casado con Mariana, había publicado con éxito un par de libros, se había instalado como uno de los importantes escritores de los 90 y su vida, en todos los términos, se había consolidado. El largo viaje que iniciara en 1973, lleno de vicisitudes, había terminado y ahora podía dedicar sus horas a la escritura con una paz de espíritu que, a mí al menos, me parecía envidiable. Con esa misma paz de espíritu murió, sin deudas con el pasado, sin remordimientos. Vivió tan intensamente como supo hacerlo, y lo que vivió, sin duda que valió la pena.



Su inquebrantable consecuencia en cuestiones políticas, el valor supremo que le otorgaba a la amistad, su calidad literaria, lo hacían casi invulnerable a las patéticas refriegas tan habituales en el mundo de las letras.

Carlos Cerda [artículo] Gonzalo Contreras

Libros y documentos

AUTORÍA

Contreras, Gonzalo, 1958-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Carlos Cerda [artículo] Gonzalo Contreras. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile